

le traigan prematuramente el suyo. Este concurso es un primer paso modesto; pero es, también, un memorable acontecimiento." Esta ósmosis indispensable entre la capital y la provincia es una de las bases obligadas de todo desarrollo cultural. Frente a ella y ante el estímulo del público tan nutrido y el acicate de los premios, ¿qué importa ese notorio aldeanismo de que dieran pruebas la mayoría de las obras, no sólo en el concurso foráneo, sino en el distrital? Ciertamente que contra la opinión de un conocido crítico y comediógrafo, que fuera jurado en el concurso de provincia, se



O Cangaceiro, cine ejemplar

EM. Forster, en su célebre *Aspects of the Novel*, propone deslindar un terreno especial: el de la novela profética —entendiéndolo, no como juego de augures, sino como un tono de voz, un acento, más música que palabra, más canto que lógica, y en cuyas páginas operan la compasión, la humildad en su justo lugar, y la suspensión del humor. Cuatro ejemplos servirán para aclarar la intención del eminente crítico y novelista británico:

1) "Oh, perdonaremos, perdonaremos, antes que nada perdonaremos todo y siempre... Tendremos esperanza en ser, nosotros también, perdonados. Sí, pues todos, cada uno de nosotros, nos hemos hecho mal los unos a los otros, todos somos culpables".

2) "... y ofreció una oración tan hondamente devota que parecía hincado y orando en el fondo del mar".

3) "La Resurrección es a la vida, no a la muerte. ¿No habré de ver a los nuevamente levantados caminar entre hombres perfectos de cuerpo y espíritu, enteros y contentos en la carne, viviendo en la carne, amando en la carne, procreando hijos en la carne... perfectos sin cicatriz o mácula?... ¿No es éste el período de la hombría y del goce y la plenitud, después de la Resurrección? ¿Quién será oscurecido por la muerte y la cruz, resurrección, y quién sentirá miedo de la mística, carne perfecta, que pertenece al cielo".

4) "Y lo que más me irrita es esta prisión destrozada... Estoy cansada de vivir encerrada en ella. Ansío escapar hacia aquel mundo glorioso, y permanecer siempre allí: no viéndolo, opaco, al través de las lágrimas, y anhelándolo en las paredes de un corazón doloroso; sino realmente con él, y en él".

El primer fragmento corresponde a *Demonios* de Dostoi-

EL CINE

Por FOSFORO II



Sacrificio de la profecía al melodrama

evsky; el segundo a *Moby Dick* de Melville; el otro a *El arco iris* de Lawrence; y el último fué escrito por Emily Brontë en *Cumbres borrascosas*. Son precisamente estos cuatro novelistas, los escogidos por Forster como "proféticos" en el sentido ya señalado: coloquemos, frente a frente, las vidas ficticias del Príncipe Mishkin, el Capitán Ahab, Kate Leslie y Heathcliff, por una parte, y de Elizabeth Bennett, el viejo Goriot, Lucy Tantomount y Mr. Dodsworth, por la otra, y observaremos que mientras la primera línea se desploma y yergue en un clima de tormenta y explosiones que acaba por lograr un abrazo, penoso y tierno, entre nuestros cuatro personajes, lo segunda seguirá, cargada de *bon sens*, rutas aisladas de perspicacia femenina, amor paterno, frustración y éxito industrial.

Piedad universal y salvación por la culpa, filtradas lentamente, en Dostoiévsky; comunión en la carne y en las esencias negras de la naturaleza y el espíritu, comunicadas al lector mediante un puñetazo en el plexo solar, en Lawrence; energía pasional, fuente común de mal y bien, arrastrados en un viento sórdido, en Emily Brontë. *Wuthering Heights*, islote aislado de la novela inglesa, sigue viviendo su existencia de volcán oscuro al lado de los campos cultivados por la urbanidad de Thackeray, cerca de los recibos provincianos de Jane Austen, rodeado de los curatos parsimoniosos de Mr. Trollope. En el fondo de su cráter, la grande reclusa abre las ventanas de la niñez al paisaje de roca y bruma, a la sombra del puritanismo, a las tumbas grises de Yorkshire. Pero también, a un universo literario que ha

debe buscar la expresión de problemas vivos y auténticos más que la sustitución mecánica de los sainetistas españoles por unos muy dudosamente mexicanos. Esperamos que entre las cláusulas de futuros concursos figure una —la más importante— sobre el carácter de las obras. En efecto, ¿cómo aceptar en concursos nacionales piezas insulsas y bobas, carentes de fantasía y realidad, de forma y contenido? Exíjase más y se obtendrá mejor resultado, incluso para normar el criterio de los jurados, inconsistente y excesivamente vulnerable, si lo juzgamos por los premios otorgados.

quedado en el milagro de unos cuadernos de infancia en que los ciclos de la epopeya, las sagas, la fantasía más pura, se tejen en la comunidad diminuta de los cuatro hermanos Brontë. De la conjunción del árido mundo de los "moorlands" con el brillante de la visión infantil, del aprisionado en el curato de Haworth con el liberto en la sangre de Emily, habría de nacer el relámpago de *Cumbres Borrascosas*.

Lo apuntado permite percibir el terror que una "adaptación" de la gran novela al cine debe inspirar en todo mortal dotado, así sea en forma mínima, de la noble *verecundia* ciceroniana. En 1939, Hollywood lo intentó, logrando el director William Wyler un excelente melodrama, y nada más. Sólo en los actores —notablemente, Lawrence Olivier— pudo distinguirse algo de la pasión dislocada de la novela. Por lo demás, desapareció el ambiente preñado de la novela para dar lugar al clásico "sob story". En la nueva *versión* mexicana, basada en la novela, ha sucedido lo contrario: el director Buñuel, supo recrear la atmósfera de la obra, pero se vió irredimiblemente traicionado por un conjunto pésimo de actores, ajenos por completo a aquellas pasiones —cito nuevamente a Forster— que envuelven a los personajes, en vez de habilitarlos, como nubes generadoras de estallido y furia. Donde debemos sentir el horror de un fuerte sentimiento que, al ser rechazado, se pervierte hasta ser salvado por la misericordia, sólo vemos desfilar al eterno Currito de la Cruz, sumamente mal encarado: Jorge Mistral. Donde debe obrar la soberbia de Cathy, elemento que al torcer la pasión de Heathcliff la envilece, nos topamos con los berrinches de la Niña Minú: Irasema Dilian. Y la profunda intuición creadora de Luis Buñuel, que en ciertos momentos

brilla como un látigo, a la postre cae sofocada por la ineptitud de los actores, depositarios de la operación humana que da su significado último a *Wuthering Heights*.

Buñuel es un director que no admite vedettes. Allí donde hay una personalidad prefabricada por las usinas de la industria que pese a todo también es un arte, las peculiares dotes del director encuentran una barrera de cemento. Buñuel —como otro gran artista del cine, Pabst— necesita alternar la fluidez y la concentración de sus obras sin el tabú de las marquesinas: recoger, fabricar, tirar y torcer los objetos, naturales y humanos, que su cámara observe, sin más dictado que el de las extrañas iluminaciones que siguen siendo su aportación poética al cine. Mucho de lo que la ley de Gresham cinematográfica exige se respete, Buñuel tiene que sacrificarlo, y en esta ocasión, sus *Abismos de Pasión* no admitieron que se pasara por las armas la especial configuración en que descansa y subsiste la "popularidad" de una estrella de cine. Esta nada tiene que hacer en una película de Buñuel; y mucho, en cambio,

las caras de mineral maldito de *Las Hurdes*, los dedos de las estatuas de *La edad de oro*, la basura enojada de *Los olvidados*, las escaleras de *El*.

Abismos de pasión logra, gracias a Buñuel, cierto atisbo del ambiente "profético" de la novela. La significación concreta de *Wuthering Heights*, por causa de la adaptación, se encuentra ausente. Esa significación la construye Emily Brontë en cinco períodos: el primero, el fluir de la pasión de Heathcliff y la identificación de Cathy en él: ¡"Soy Heathcliff! Siempre, siempre, está él en mi pensamiento: no como un placer —del mismo modo que yo misma no siempre soy un placer para mí— sino como mi propio ser"; el segundo, la soberbia de Cathy que, al rechazar a Heathcliff para casarse —voluntariamente— con Linton, envenena la sana energía de aquél; el tercero, el regreso de Heathcliff y el tema de la frustración que engloba la tortura y la fuerza del amor; el cuarto la muerte de Cathy, y, aquí, la venganza de Heathcliff ejercida sobre todo lo que a Cathy rodeó; el quinto, la reconciliación, la contrición y el aniquilamiento

del odio mediante el amor de la joven Catherine —hija de Cathy y Linton— y Hareton, vástago de Heathcliff e Isabel. Esta última gran solución, sin la cual todo el devenir de la obra yace mutilado, ha sido escatimado por la adaptación, que, en su aspecto estrictamente anecdótico, se ha situado dentro de los estrechos límites del melodrama. Tal parece ser el destino cinematográfico de *Wuthering Heights*. En sus páginas, la palabra sigue regalando una visión de profundidad poética que, ¡hé-las!, la imagen móvil quizá nunca llegue a alcanzar, pese a Buñuel y los fondos musicales de Wagner.

- *O Cangaceiro*, es una gran película latinoamericana, que en su honradez y hermosura, delata una riqueza de intención generalmente ajena a la colosal ingenuidad que caracteriza a las películas fabricadas en España, México y Argentina. Malicia y ternura van integrando la inteligencia visual de *O Cangaceiro*, donde las nubes no brillan para asombrar a los Festivales, sino para integrar plenamente un paisaje humano, de brutalidad, calor escondido, música que es la única

voz del hombre cercado por una naturaleza que, imprevista por Pascal, es más fuerte que los hombres, y además lo sabe. ¡Cuántas cadencias propias revela, en su correr de imágenes elocuentes, el film de Lima Barreto! La presencia del feroz capitán Galdino Ferreiro es la de todos los caciques tropicales de este Continente, la altivez, la bárbara vanidad, el humor ladino, la tremenda energía malgastada de los "cabras de peste" que forman la banda de Galdino Ferreiro, nos identifican en la base.

Nuestros productores de cine deben concurrir en masa a ver *O Cangaceiro*: allí encontrarán el ejemplo de cómo hacer cine, de fuerte savia nacional, sin miedo al contacto con lo propio, pero que, al recrearlo con arte y sinceridad, lo hace patrimonio de todos; allí encontrarán el caso concreto de una película en qua la belleza visual jamás se aparta del contenido humano de la obra; allí encontrarán una veta que se nutre de la imaginación, de la crítica, del darse cuenta de los hombres y la naturaleza propias: es decir, de todo lo que aún no hace acto de presencia en el cine mexicano.

• LA FILARMÓNICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO inició su temporada con un magnífico "Programa Mozart" bajo la dirección del músico suizo Antonio De Bavier. La pianista Angélica Morales interpretó el Concierto en do mayor (K 467) y Salomons, Kraus, Van Den Berg y Anastasio Flores participaron en la "Sinfonía Concertante" tocando fagot, corno, oboe y clarinete. Un concierto con obras de Mozart es siempre mucho más que un concierto; quiero decir que, escuchando la música de Mozart, experimentamos no solamente el llamado placer de la música sino algo mucho más desinteresado y más limpio: la intuición en nosotros de una inocencia de la que no nos avergonzamos. Merecidos

LOS CONCIERTOS

BALANCE DE MEDIO AÑO

Por Salvador MORENO



Escultura colonial mexicana. México, D. F.

chadas, la Obertura "Manfredo" de Schumann sobre el famoso poema de Byron y la deliciosa "Sonata pian e forte" del veneciano del siglo XVI Giovanni Gabrieli. El famoso director alemán Erik Kleiber continuó la serie de estos conciertos con programas "Festivales", lo que dió a la temporada solidez y seriedad.

- LA ORQUESTA SINFÓNICA NACIONAL comenzó su corta temporada dedicando su primer concierto a la memoria del profesor Luis Moctezuma, recién desaparecido. Las obras, principalmente para piano y orquesta, estuvieron a cargo de algunos de los discípulos más conocidos de este maestro, bajo la dirección de Pablo



Mozart

aplausos recibió De Bavier por su interpretación seria y respetuosa, aplausos que le fueron

reiterados en el concierto siguiente en el que sobresalieron, quizás por lo poco escu-



Stravinsky